

Intervención en la inauguración del Campus FAES 2026

Madrid 23.09.2026

Bienvenidos al Campus FAES 2026. Para nuestra fundación, esta es una cita ineludible a la que, un año más, acudimos puntualmente.

Entre otras cosas, por el agrado de ver a tantos amigos, acompañándonos con la fidelidad de siempre.

Quiero agradecer a todos vuestra presencia; a los asistentes de hoy, y a todos los inscritos en las jornadas sucesivas.

Vamos a dedicar tres días a reflexionar sobre Europa, Hispanoamérica y España. Tres realidades indisociables hacia las que profesamos una lealtad sin reservas.

En un momento político como el que vivimos, conviene hacerse algunas preguntas. Y como esas preguntas nos las hacemos nosotros, españoles del siglo XXI, en momentos de dificultad manifiesta para el país, creo inexcusable abordar, en mi intervención, la situación de España y su salida posible.

Porque hay salida, y por eso albergo una firme esperanza: celebrar el próximo Campus en una España con un Gobierno responsable y competente.

Hoy resulta inocultable la parálisis política del país. El Gobierno, incapaz de ningún esfuerzo distinto a la propaganda, arrastra una existencia inútil.

Es una fábrica de *relatos* a la espera de capitalizar, cuando toque, las mentiras que propaga.

España no ha “salido más fuerte” de estas dos legislaturas. ¿Cómo iba a salir más fuerte de la mano de un Gobierno dispuesto a “dejar atrás” a la mitad del país que no le vota?

La percepción de una España averiada admite poca réplica:

Intervención en la inauguración del Campus FAES 2026

La red ferroviaria, las infraestructuras hidráulicas, la red de aeropuertos, todo lo que vertebra materialmente España y es competencia de la Administración central padece un deterioro galopante.

Sin que cifras récord de recaudación, préstamos europeos, tributos multiplicados o reglas fiscales suspendidas hayan mejorado en nada esos “servicios públicos” tan cacareados en los mítines como postergados en la gestión.

Menos poder adquisitivo y muchos más impuestos, despilfarro y deuda. Este, y no otro, es el auténtico legado económico de Sánchez.

Se habla mucho de lo público, pero se invierte poco en lo que es de todos; se ha preferido derrocharlo o distraerlo en provecho de unos cuantos.

Lo que debe irse con el sanchismo no es solo una persona o un partido, es toda una práctica política.

La concepción patrimonial del poder conduce a una auténtica *privatización* del Estado. Está a la vista de todo el mundo:

Colonización de instituciones; compra de investiduras – intercambiando poder por amnistía–; estabulación de los españoles a un lado y otro del “muro” ...

Son los rasgos de un estilo político que amalgama, en beneficio propio, Estado, Gobierno y partido.

De hecho, si no hay Presupuestos es porque se acepta mansamente el veto de los secesionistas, que mantienen al Gobierno sobre la poltrona, pero bajo su dictado.

La venalidad es una forma de corrupción muy llamativa, pero no la más corrosiva ni aquella cuyos resultados sean más difíciles de revertir.

Se corrompe la política cuando se *enchufan* primas y parientes, se cobran mordidas a costa del Erario o se pervierten los procedimientos administrativos.

Pero también cuando se nos dice que los indultos, la amnistía, o la laxitud penitenciaria con los terroristas deben ser aplaudidos, porque con ellos se compra la paz social y gracias a ellos se “normalizan” los conflictos.

Pura corrupción política: porque eso es tanto como decir que la Ley sobra y puede ser “provocadora”.

Por lo demás, basta fijarse en los frutos del apaciguamiento sanchista, para medir su fracaso.

En Cataluña, la “normalización” y el “reencuentro” se llaman, hoy, *Alianza Catalana* y, muy pronto, se traducirán en un Parlamento autonómico copado por la versión más xenófoba del independentismo.

En el País Vasco, vaciar las cárceles de terroristas y anegar con sus testafierros las instituciones solo normaliza lo aberrante, pero además amenaza estrangular, de la mano de Bildu, el futuro de esa tierra.

Al otro lado del Estrecho, traicionar compromisos en el Sáhara, o hacer dejación del control de fronteras, no *pacífica* nada, solo compromete la vida cotidiana de miles de compatriotas; eso sí, no interrumpe el veraneo del presidente, que mantiene intacto –a diferencia de los ceutíes– su “derecho a tener vacaciones”.

Dije en su día que el sanchismo terminal era un sanchismo singularmente peligroso. Lo estamos comprobando.

En lo interior, hemos asistido a un intento de deformar el censo electoral.

¿Cómo confiar en la probidad de quien toda España ha visto ensayando un fraude en la sede su propio partido? ¿Cómo presumir buena fe en alguien que confunde *voto secreto* con *urna escondida*?

En lo exterior, el Gobierno se dedica a exhibir poses morales. Y a esa gesticulación la llama “política exterior”.

Se desafían compromisos y alianzas, con sacrificio del interés nacional, buscando tan solo el impacto demoscópico, aunque eso haga vulnerable a España.

Por ejemplo, en la crisis de Oriente Medio, Sánchez no se ha limitado a ejercer el margen de autonomía que nos conceden los compromisos bilaterales suscritos con los Estados Unidos.

Ha ido mucho más allá que cualquier otro socio europeo, en su afán de protagonizar la contestación a la Administración Trump, subordinando –marca de la casa– el interés nacional al partidista.

Otro ejemplo, vinculado a la temática de este Campus. ¿Dónde queda la imagen y el crédito de España cada vez que el Gobierno da carpetazo a su relación con cualquier país de Iberoamérica, según sea en cada momento el signo político de su presidencia?

El Partido Popular ha expresado un compromiso nítido: acabar con el sectarismo para recuperar la unidad, derribar ese “muro” que Sánchez erigió como programa de gobierno en su última investidura.

Las próximas elecciones serán una gran Convocatoria Nacional, en toda la extensión del término.

Votando ese día, los españoles decidirán con qué partido cuentan; lo contrario de ahora, en que un partido decide con qué españoles cuenta.

Llegado ese momento, no se tratará solo de relevar a Sánchez, sino de restaurar en el Gobierno los valores erosionados por el sanchismo.

Y esa tarea no podrá ser solo reactiva o meramente defensiva; para ser auténticamente nacional tendrá que ser integradora.

Lo que el país demanda es dar continuidad y proyectar en el futuro el mejor logro de los españoles: fortalecer lo que nos une en la pluralidad, robusteciendo España como proyecto nacional de éxito.

Y eso solo puede hacerlo con solvencia el PP. Es obvio, y donde mejor lo saben es en Moncloa:

Si el Gobierno dedica al PP las peores andanadas de su artillería, es porque le identifica correctamente como su única alternativa posible. Si fomenta el crecimiento de otras opciones, lo hace por idéntica razón.

Un socialismo abonado a la política de trinchera no tiene autoridad moral para denunciar el supuesto extremismo de los demás.

Porque los socialistas no se han resignado a conformar un “bloque de ruptura” con el zurcido parlamentario al que uno de ellos puso nombre de monstruo.

Han hecho “de la necesidad virtud”; es decir, han incorporado como propios ingredientes esenciales de cada trozo de *Frankenstein*; para conformar una alianza estratégica, no coyuntural.

El revisionismo histórico, la deconstrucción constitucional, las primas al secesionismo, la ingeniería social desorbitada, la legislación ideológica, son ya parte del acervo político del socialismo español.

Desde hace ocho años, el problema para el equilibrio político de España no es simplemente con quién pactan los socialistas; es lo que pactan, haciéndolo suyo.

Por eso acierta el PP anunciando rehuir las políticas de exclusión desde el gobierno; permanece así fiel a su historia y a su vocación de pieza imprescindible de la democracia de 1978.

Desde sus comienzos, el sanchismo ha venido alimentando la polarización y buscando el cuerpo a cuerpo con opciones populistas, porque calcula que eso es lo que le conviene.

Pretende definir en exclusiva los códigos de respetabilidad política. Aspira de esa manera a reducir todo el espacio de la derecha a un peligroso *amateurismo* para volver imposible e impensable la alternativa.

Por eso conviene recordar los pilares esenciales de una alternativa política auténticamente nacional y constitucional.

La defensa de la nación española y la defensa de la idea de libertad deben seguir siendo, como lo son, los ejes de la propuesta política del PP.

Se defiende lo que se conoce y nosotros sí tenemos “una cierta idea de España”.

Sostenemos que España es una realidad nacional, no un mero caparazón administrativo, ni una simple expresión geográfica, ni mucho menos un error histórico que toque corregir.

Forjada como estado nacional hace siglos, España, desde 1978, se organiza políticamente, porque así lo ha querido, como Estado autonómico.

Conjugando con esa fórmula unidad y diversidad; la soberanía ni se fracciona ni se diluye: pertenece a todos y cada uno de los españoles en pie de igualdad.

Por tanto, ni federación, ni confederación, ni nación de naciones, ni estado plurinacional. Es decir, ni puzle, ni mosaico ni muñeca rusa.

El sentido de la descentralización política es la limitación del poder, no la dosificación de chantajes recurrentes.

Esta es nuestra idea de España. Y esto es, justamente, lo que está en juego: España como nación histórica, cívica y plural, frente a la aspiración plurinacional de la izquierda y al esencialismo de cierta derecha.

Porque hoy, reivindicar la unidad nacional es defender la Constitución. Pero no como en 1990: ya no hay que completar el desarrollo autonómico, sino evitar su desbordamiento.

Y la Constitución, no lo olvidemos, es constitución de “algo”; es la constitución política de la nación.

Segundo pilar: la libertad. En la tradición política occidental queda definida como la situación en que se vive bajo el imperio de la ley; lo contrario del mando arbitrario.

Esta idea ha levantado el conjunto de instituciones políticas que definimos como democracia liberal, para cuyo mantenimiento son imprescindibles virtudes públicas como la responsabilidad y el autocontrol.

Pues bien, son esas instituciones las que se han deteriorado más en España y por eso defender la libertad será tener presente, como objetivo prioritario, su restauración y puesta a punto.

Libertad también económica. Hoy sigue habiendo que optar entre liberalización y regulación, concentración y descentralización. El criterio no es solo la eficiencia sino un determinado modelo social y económico. El propio de personas libres y responsables.

En las próximas Elecciones Generales hay que votar para cancelar ocho años de retroceso histórico. Pero también para otorgar un mandato claro de reconstrucción política, económica e institucional.

Reafirmo aquí mi convicción de que concentrar el voto en las siglas del PP será el camino más corto para que un Gobierno fuerte pueda hacer lo contrario del sanchismo, que es algo muy distinto a practicar un sanchismo al revés.

Donde se ha estado alimentando la confrontación entre españoles, el patriotismo exige hacer justo lo contrario: integrar a los españoles, poniendo en primer plano lo que les une, e invitándoles a compartir objetivos auténticamente nacionales.

Esos objetivos están a la vista de todos: hay que perfeccionar nuestro Estado de derecho; hay que garantizar el orden constitucional frente a amenazas anunciadas; hay que fortalecer los fundamentos de nuestro sistema productivo; hay que garantizar la viabilidad financiera del estado de bienestar; hay que enfrentar los grandes retos de futuro en el campo demográfico, educativo, tecnológico.

Y, por encima de todo, hay que devolver al ejercicio de la política la seriedad en el cumplimiento de los compromisos adquiridos, la responsabilidad en el poder y la rendición de cuentas ante la ciudadanía.

Gobernar no es ir eslabonando campañas de márketing cada cuatro años a costa de lo que sea.

Si España está desordenada, vendida y expuesta, habrá que ordenarla, rescatarla y defenderla; no hay otro modo de proteger a los españoles.

Debe y puede hacerse, porque existen la herramienta, las ideas y los equipos para hacerlo. Porque existe el Partido Popular.

En España, como en toda Europa, vivimos en plena tempestad, es cierto. Se desconfía de la política y de los políticos, y a muchos les tienta

el pesimismo, tan halagador para toda poltronería: si todo se hunde, apresuremos el naufragio o abandonémonos a las olas...

Pues no: aquí no cedemos a ningún pesimismo, ni el de los desesperados ni el de los escépticos.

Amigas y amigos: del pasado será responsable quien lo sea; del porvenir lo seremos nosotros.

Como escribió Marguerite Yourcenar, cuando una tormenta peor asolaba Europa:

“Los que describen la catástrofe política con el aspecto de una marea de septiembre, y la civilización con el de una playa inundada, olvidan que las dos características de la ola son que avanza y que retrocede. El ingeniero menos eficiente diría a esas gentes que se ahogan en sus propias metáforas, que se evita el peligro de inundaciones reparando los diques, y cualquier marinero de las costas más amenazadas sabe que, incluso en las noches de equinoccio, las olas llegan hasta un punto determinado y nunca más lejos. Así lo quiere el Dios que preside las mareas”.

Nosotros creemos en el porvenir de España. Así que dispongámonos a reparar los diques porque pronto, muy pronto, cambiará la marea.

Queda inaugurado el Campus FAES 2026.

Muchas gracias.